

LA LECTURA en nuestros días

Hoy pareciera que se lee de manera diferente, producto de la presencia de los llamados nuevos medios, es decir las redes sociales. En ese sentido, tal como nos dice el autor, vivimos en un constante estado de distracción, conectados a las lecturas vertiginosas de los mensajes de texto, del chat del móvil, de Twitter, de Facebook, del correo electrónico... El reto es cómo hacer que la lectura profunda conviva con la nueva tecnología en estos tiempos de velocidad, distracción y reacciones automáticas.

■ FEDOSY SANTAELLA

Se oye, con frecuencia, la voz de la preocupación. No se está leyendo, los jóvenes no están leyendo, dice esa voz. Es una preocupación legítima. Los padres se preocupan, los profesores se preocupan, la gente –que lee y también la que no lee– muestra preocupación. Pero quizás el problema no es que no se está leyendo, sino el cómo se está leyendo, que es algo totalmente diferente.

De hecho, sí se está leyendo.

David Ulin, en *The lost art of reading* explica que un estudio del Centro Global de la Información de la universidad de California encontró que en 2008 los americanos consumieron información en un promedio de doce horas al día, y eso a su vez se corresponde a 100 mil 500 palabras en 34 gigabytes por día, lo que equivale, por persona –al día–, a una novela de trescientas páginas.

¿Esto es realmente leer? Pues digamos que es una parte de lectura. Pero no es, sin duda alguna, una lectura profunda, entendiéndola como lectura profunda la capacidad que tiene un lector de asimilar lo leído, de comprenderlo y de sumarlo a su propia experiencia de mundo. Ese tipo de lectura, la lectura profunda, se traduce en conversación interna y concentrada. Como en toda conversación, el lector toma parte, duda, pregunta, compara. Este tipo de lectura, la profunda, quizás esté en riesgo de perderse no, como podría creerse, por causa de los contenidos de la nueva tecnología, sino por la tecnología en sí misma.

Nicholas Carr, en *The shallows / What the Internet is doing to our brains* (2011) habla de los últimos estudios sobre neu-

roplasticidad y su relación con la lectura. Carr postula que nuestro cerebro quizás esté cambiando por causa de estas nuevas tecnologías. No son los contenidos los que realmente nos transforman, el verdadero problema, señala el autor, yéndose hacia McLuhan, está en la tecnología misma:

McLuhan entendió que siempre que surge un nuevo medio, la gente tiende naturalmente a quedar atrapada en el pensamiento de la información –el contenido– que este conlleva. Se preocupa por las noticias en los periódicos, por la música en la radio, por los shows de TV, por las palabras dichas por la persona al otro lado de la línea telefónica. La tecnología del medio, por más asombrosa que esta pueda ser, desaparece detrás de lo que fluye a través de ella –hechos, entretenimiento, instrucciones, conversaciones. Cuando la gente comienza a debatir (como siempre hace) sobre los efectos del medio, siempre es el contenido el que entra en contienda. Los entusiastas lo celebran, los escépticos despotrican. (Carr, 2011, p.3)

Luego de mostrarnos este panorama donde el contenido es el punto de debate, Carr da una vuelta de tuerca y, yéndose de nuevo hacia McLuhan, nos dice: “Lo que ambos, entusiastas y escépticos olvidan, es lo que McLuhan notó: que a largo plazo, el contenido del medio importa menos que el medio en sí mismo, en la manera en que influencia sobre nuestros actos y pensamientos” (*Ídem*, p.3). Carr insiste en que el foco sobre el contenido



El cerebro no es la máquina de acero que una vez se pensó que era. Es decir, no es una máquina inmutable, sino que es flexible, cambia con las experiencias, con las circunstancias y la necesidad. Nuestro cerebro está mutando constantemente en respuesta a lo que viene de afuera.

del medio nos puede cegar la visión de los efectos más profundos, y es allí donde acude al término neuroplasticidad. En su texto refiere a los primeros estudios sobre ella. Se va hasta el psicólogo norteamericano William James, quien a finales del siglo XIX ya hablaba de la extraordinaria plasticidad del tejido nervioso, y nombra al biólogo británico J. Z. Young, quien en 1950 afirmó que las células cerebrales cambiaban dependiendo del uso o la atrofia. Tales argumentos, señala Carr, fueron rechazados en su momento. Sus colegas tenían la firme creencia de que la plasticidad del cerebro duraba solo hasta la infancia y que de allí en adelante no se modificaba en lo más mínimo, a menos que sufriera algún accidente. El autor salta luego hasta 1913 y allí ubica al ganador del premio Nobel, el neurólogo Santiago Ramón y Cajal y su afirmación de que el cerebro era maleable y perfectible. En los inicios del siglo XXI nombra a Michael Merzenich, quien, por medio de primates, realizó una serie de mapeos cerebrales de sobra reveladores. Norman Doidge, en *El cerebro se cambia a sí mismo* (2008) explica con detalle tales experimentos. Dice del científico: “El trabajo de Michael Merzenich representa un impulso sin precedentes en el terreno de las innovaciones en neuroplasticidad y aplicaciones de la misma” (Doidge, 2008, p.59). Merzenich, nos cuenta, se valió de la tecnología de los microelectrodos. “Los microelectrodos son tan pequeños que pueden insertarse dentro o junto a una única neurona y detectar cuándo la neurona *individual* envía su señal eléctrica a otras”. Aplicando tales microelectrodos comenzó a hacer mapeos

cerebrales en torno a las distintas reacciones en manos de monos; tales reacciones dependían de estimulaciones o anulaciones de funcionamiento de algún dedo de la mano. Merzenich descubrió que las neuronas movilizan el registro de tales funciones en la corteza cerebral; las adaptan, las amplían, según las alteraciones externas. Es decir, Merzenich encontró que el mapa del cerebro es maleable, transferible. “El modelo que los científicos tenían del cerebro y del sistema nervioso era uno en el que cada punto de la superficie corporal tenía un nervio que enviaba señales directamente a un lugar específico del mapa cerebral, anatómicamente estructurado desde el nacimiento” (Ídem, p.68). Los estudios de Merzenich acabaron con esta idea, es decir con la teoría locacionista del mapa cerebral, lo que introdujo a su vez y con mayor fuerza la noción por tanto tiempo rechazada de la plasticidad.

La ciencia del cerebro ha avanzado en nuestros días de manera vertiginosa. El cerebro no es la máquina de acero que una vez se pensó que era. Es decir, no es una máquina inmutable, sino que es flexible, cambia con las experiencias, con las circunstancias y la necesidad. Nuestro cerebro está mutando constantemente en respuesta a lo que viene de afuera. Tal afirmación, por supuesto, resulta magnífica y abre la posibilidad a una gran gama de aplicaciones médicas.

Pero no todo son grandes noticias. Esa plasticidad cerebral también puede crear cambios en su estructura que se traduzcan en hábitos no precisamente positivos. Carr cita, por su parte, a Alvaro Pascual-

Leone, eminente neurólogo investigador de la Harvard Medical School: “Los cambios plásticos no necesariamente representan una ganancia conductual para el sujeto” (Ídem, p.34). La plasticidad, agrega, puede ser causa de patologías. Es allí donde entran las nuevas tecnologías. Esas nuevas tecnologías que están creando, se especula, nuevas transformaciones en nuestros cerebros. Tales transformaciones marcan nuevas maneras de leer que se identifican con la brevedad, la fragmentación, la aceleración y la superficialidad.

Vivimos en un constante estado de distracción, conectados a las lecturas vertiginosas de los mensajes de textos, del chat del móvil, de Twitter, del Facebook, del correo electrónico. Pasamos de una cosa a la otra, saturamos nuestra memoria inmediata con demasiada información. Nada se queda porque metemos demasiado. Vamos a toda velocidad, no nos da tiempo de procesar la información, de hacerla pasar de la memoria inmediata a la memoria a corto plazo y de allí, en caso de necesidad, a la memoria a largo plazo. Este concepto de memoria inmediata ha de ser considerado. La memoria inmediata es la primera etapa del sistema de memoria, y se caracteriza por una capacidad limitada de almacenamiento. De acá, la información puede ser transferida a otra memoria de mayor duración, como la de corto plazo, o más allá, la de largo plazo; todo dependiendo, una vez más, de la necesidad o la importancia de lo almacenado.

Con todo, las nuevas tecnologías están allí, taladrando nuestro cerebro, imponiendo ineluctablemente nuevas formas de lectura. Su presencia es soberana, no po-

demos competir con ellas ni tampoco prohibirlas (cosa que sería realmente absurda). Las nuevas tecnologías son inevitables, como inevitables han sido los libros. En algún momento de la historia existió la memorización del contenido y su representación en voz alta. Mitos, leyendas, cuentos populares eran recitados para la audiencia en lo que constituía un modo colectivo de lectura. Más adelante, el manuscrito comenzó a ser leído en voz alta. En los lugares públicos, en los foros, en los sitios de aprendizaje existía aquella mezcla de cultura oral con cultura escrita. Luego, con los monasterios, empezó a leerse en silencio. La lectura silenciosa ayudaba sin duda a una comprensión más profunda e íntima del libro. La lectura silenciosa dio paso a las interpretaciones personales y a la creatividad individual. Michel Montaigne es la cumbre de ese lector que asimila los conocimientos eruditos para sí, sobre esas bases se crea el ensayo. Para Montaigne la lectura es interna, sosegada, asimilativa. El libro pasa a ser entonces una herramienta de conocimiento suprema, donde la imaginación (esa capacidad de viajar estableciendo concomitancias) juega un papel fundamental. El libro, como nueva tecnología, tuvo su momento, su influencia sobre el cerebro y sobre los modos de lectura.

¿Pero qué está pasando ahora? ¿Desaparecerán acaso los libros, son ya tecnología caduca? ¿Vendrá una nueva forma de lectura? El libro, cabe decir, lleva desapareciendo cientos de años, y aún no termina de desaparecer. El mismo Nicholas Carr nos ofrece un breve e interesante panorama de predicciones sobre el fin de los libros.

En 1831, Alphonse de Lamartine dictaminó que “antes que el siglo se acabe, el periodismo lo será todo, el pensamiento humano en su totalidad” (Carr, 2011, p.109). Decía que el libro no se acomodaría a la velocidad de los tiempos, que los hechos no darían tiempo para acumularlos en los libros, que el libro llegaría tarde, y que el único libro posible sería el periódico. En 1889, el arquitecto y escritor Philip G. Hubert predijo que “muchos libros y sus historias no serán impresos, llegarán más bien a las manos de sus lectores, o más bien de sus oyentes, a través del fonógrafo” (*Ídem*, p.109). Para Hubert el fonógrafo de Edison acabaría con el libro. El mismo año, el futurólogo Edward Bellamy predijo que los libros serían leídos con los ojos cerrados, pues tendrían los *lectores* un pequeño aparato de audio llamado el *indispensable*. Octavio Uzanne,



No es leer por leer, se trata realmente de leer y pensar a profundidad. En esa idea de la profundidad también debe ocupar espacio la necesidad de leer como una vía para sentirse vivo. Sentirse vivo no es solo una sensación de presente, sino una sensación de futuro.

autor francés y publicista dijo que la muerte del libro estaba decretada y que en el futuro habría fonotecas.

El problema, por otro lado, tampoco son los libros. O sí, quizás cierto tipo de libros, o cierto tipo de literatura. Los jóvenes, por ejemplo, suelen creer que en los libros no está nada de lo que ellos necesitan para sobrevivir en el mundo. En los libros, según esta visión, no está su futuro. En consecuencia, ciertas ideas pedagógicas de avanzada intentan incluir las nuevas tecnologías a la enseñanza del aula, lo que hace, a mi modo de ver, que el problema aumente, pues lo reactivo tiende a ir hacia el otro extremo, allí donde se descuida también la lectura profunda. Se promueve en ciertas ocasiones el uso de nuevas tecnologías no para mejorar la lectura, sino para empeorarla. No es leer por leer, se trata realmente de leer y pensar a profundidad. En esa idea de la profundidad también debe ocupar espacio la necesidad de leer como una vía para sentirse vivo. Sentirse vivo no es solo una sensación de presente, sino una sensación de futuro. Estamos vivos hacia adelante, estamos vivos hacia el futuro. El futuro es siempre un lugar libre. Si usted visita la prisión de Alcatraz y toma el *tour* guiado con audífonos, llegará en determinado momento a una celda donde un hombre que alguna vez fue prisionero allí, narra que los 24 y los 31 de diciembre se acostaba en su catre a escuchar las fiestas nocturnas que se daban en la bahía de San Francisco. Este hombre, en vez de odiar la libertad de tales personas, se llenaba de regocijo e imaginaba que estaba en tierra firme celebrando con todos ellos. El hombre cuenta que imaginar tales momentos

lo ayudaba a sentirse vivo. Tal sensación implica, sin duda, una clara esperanza de libertad.

Eso hace la buena lectura —y la buena literatura— por los hombres: les da sentido de pertenencia en el presente y una certeza de futuro. La buena lectura es la lectura profunda. En la lectura profunda está el contrapeso, el equilibrio a las lecturas veloces y fragmentadas que nuestros tiempos han traído. Ya se dijo: no puedes luchar contra la nueva tecnología, contra la nueva forma de leer que, por qué no, es incluso necesaria. Lo que debe hacerse es procurar el equilibrio al mantener la lectura profunda.

No ha de verse la nueva forma de lectura como una panacea radical, pero tampoco la obligatoriedad de la lectura profunda es la gran respuesta. Todo lo que implique un carácter obligatorio lleva al fracaso. Estamos llenos de mitos, de falsas creencias. Surge acá, por supuesto, toda una cantidad de mitos oscuros y dañinos que rodean las dos esferas de las formas de lecturas que nos ocupan.

■ *El mito de la velocidad.* No todo en nuestros días debe ser rápido. Esa rapidez no nos hará mejores. La velocidad es una mera ilusión. Se nos dijo que la tecnología y su velocidad nos harían libres. Ahora somos esclavos de ella, no podemos dejar de estar conectados, de estar informados. Hemos perdido contacto humano por medio de nuestros móviles por el simple hecho de no poder apartar nuestras miradas de la pantalla del celular.

■ *El mito de la literatura como cosa aburrida.* Lo aburrido es hacer de la literatura una excusa para enseñar gramática y otros tecnicismos. Los viejos cánones de enseñanza no nos sirven, y el nuevo canon, que quiere implementar nuevas tecnologías a toda costa en la enseñanza, también pareciera creer que la literatura es aburrida. Este nuevo canon pedagógico quiere usar a toda costa la tecnología para hacer *menos aburrida* la literatura y, en su empeño, quizás exagera. La literatura estará tan llena de hastío como su aproximación hastiada sea y llena de distracciones esté. La literatura y por lo tanto la lectura es un laboratorio de experiencias, un lugar de invenciones y conversaciones.

■ *El mito del conocimiento por encima de la imaginación.* Se debe conocer más que imaginar, esa es la creencia. En el aula parece que no sobra el tiempo para la imaginación, para aprender y divertirse con la imaginación. En demasiadas



ocasiones el docente penaliza arranques de creatividad y direcciona el aprendizaje hacia la mera captación textual, digamos, erudita. Quizás por hastío, por ignorancia o por el exceso en el aforo no se fomenta el análisis, el pensamiento crítico. Albert Einstein llegó a decir que el conocimiento es limitado; eso coincide con ciertas ideas de Krishnamurti sobre el conocimiento. Para Krishnamurti el conocimiento era una caja de paredes limitantes, y era además estático; una vez que conoces algo, te quedas allí, satisfecho dentro de ese conocimiento. Para Krishnamurti lo realmente valioso era el aprendizaje constante, que resulta totalizador, tal como también expresó Einstein al decir que la imaginación circundaba al mundo. El conocimiento suele ser entendido como una base edificadora, mientras que la imaginación suele ser considerada una pérdida de tiempo, un lugar etéreo que no ayuda al porvenir, que no encaja en el futuro emancipador de la modernidad; somos, sin duda, herederos de ella, de la modernidad. Tal idea de la imaginación ha llevado a que sea rechazada y temida en muchos ámbitos de la cultura del aprendizaje. En el aula el docente utiliza los libros de literatura para estudiar, comprender, extraer asuntos gramaticales y realizar pesquisas al diccionario. El miedo a la imaginación o la creencia de la inutilidad de la imaginación, ha llevado a que el libro literario sea pensado en función a otros asuntos paralelos, como anotar, investigar, etcétera. Vale cerrar con un ejemplo contrario a esta creencia limitante. Nos la aporta también Nicholas Carr, quien relata un experimento conducido por Álvaro Pascual-Leone en 1995, en el Instituto Nacional de la Salud en USA. Pascual-Leone tomó a un grupo de personas que no sabían tocar piano y los puso a aprender una tonadilla. Luego, dividió los grupos, y puso a un grupo a tocar el piano durante dos horas al día durante cinco días, y otras a imaginar que lo tocaban dentro de los mismos patrones temporales. Pascual-Leone mapeó la actividad del cerebro de los participantes antes, durante y después del ejercicio. El resultado: los cerebros de los que tocaron imaginariamente el piano habían experimentado exactamente los mismos cambios que los cerebros de los otros que sí lo habían hecho en la práctica. Es decir, se estimularon por igual las mismas partes. De alguna manera, digamos, para el cere-

El cambio de actitud ante el libro, hacia la lectura profunda es fundamental, solo a través de una mirada más centrada y creativa podremos hacer que la lectura profunda conviva con la nueva tecnología en estos tiempos de velocidad, distracción y reacciones automáticas.

bro es lo mismo imaginar que hacer algo realmente. Su respuesta es la misma, su *aprendizaje* es similar.

- Otro mito directamente relacionado con el conocimiento, pero esta vez dentro del campo de Internet: no es cierto que *todo el conocimiento está en la red*. Incluso, ya lo sabemos, puede haber falsas informaciones. Tampoco es cierto que la multisensorialidad nos sumerja en una experiencia mayor o profunda. Si exageramos su uso, no haremos más que distraernos, dividir nuestra atención. Carr relata que en 2002, dos investigadores canadienses le pidieron a setenta personas que leyeran el cuento *The demon lover* de Elizabeth Bowen. Un grupo leería el cuento a la manera tradicional, el otro lo haría en la forma de hipertexto; es decir lo leerían plagado de enlaces Web. Dice Carr:

Los lectores del hipertexto tardaron más en leer la historia, y durante las entrevistas también expresaron confusión en cuanto a lo leído. Tres cuartos expresaron haber tenido dificultades para seguir el texto, mientras que solo uno del texto tradicional reportó dicho problema. (Carr, 2010, p.127)

La promesa de inmersión en un mundo multisensorial que algunos pregonan con este tipo de lecturas pareciera no reportar una lectura profunda. Tales hipertextos, enlaces y bálsamos multisensoriales contribuyen más bien a la falta de comprensión profunda de un texto, a su captación más interna. Dice David Ulin: “Esta es la naturaleza de mi distracción: el

mundo siempre está al alcance de la mano” (Ulin, 2010, p.76). Y más adelante: “¿Cómo nos sumergimos en algo (una idea, una emoción, una decisión) donde ya no se nos es permitido el espacio para reflexionar?” (*Ídem*, p.78).

La lectura profunda, las historias internalizadas, el silencio, la reflexión, son los temas que preocupan a Ulin. ¿Qué está pasando con todo esto? Ya lo he ido desarrollando, no se trata de una ausencia de lectura, no se trata ni siquiera de los contenidos de tales lecturas, se trata de una nueva tecnología que ha llegado y no se irá, y de cómo el hombre contemporáneo enfrenta el reto de la distracción permanente y encuentra el tiempo para la lectura silenciosa y reflexiva. Leer de esta manera se está volviendo cada vez más un reto, sobre todo entre las nuevas generaciones que ven la lectura profunda con rechazo, como un lugar de desconexión. Por supuesto, la lectura que nos traen las nuevas tecnologías nos dan una sensación de conexión permanente. Todo lo podemos saber al instante, todo está, tal como dice Ulin, a la mano. Paradójicamente –lo presenciamos a cada rato–, la conexión permanente nos desconecta del entorno y, en muchísimos casos, de la reflexión. Hacer ver que el libro, que la lectura profunda te puede llevar a verdaderas conexiones, hacer ver que el libro sí habla de ti, que el libro sí te aporta herramientas de supervivencia en el mundo, que el libro sí tiene futuro, estos son los verdaderos retos. El cambio de actitud ante el libro, hacia la lectura profunda es fundamental, solo a través de una mirada más centrada y creativa podremos hacer que la lectura profunda conviva con la nueva tecnología en estos tiempos de velocidad, distracción y reacciones automáticas.

FEDOSY SANTAELLA

Escritor. Profesor de pregrado y postgrado en la Universidad Católica Andrés Bello.

Referencias

- CARR, Nicholas (2011): *What the Internet is doing to our brains / The shallows*. New York: Norton & Company.
- DOIDGE, Norman (2008): *El cerebro se cambia a sí mismo*. España: Aguilar.
- ULIN, David (2010): *The lost art of reading*. Seattle: Sasquatch Books.